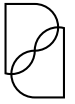
Todos los principios

TODOS LOS PRINCIPIOS

ALEJANDRO NARDEN



PLASSON & BARTLEBOOM

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2026

© del texto, Alejandro Narden, 2026
representado por la agencia literaria Dos Passos
© Plasson e Bartleboom, S. L., 2026
Calle Aldea del Fresno 29, 6ºD
28045 Madrid

ISBN: 978-84-10483-38-5
DEPÓSITO LEGAL: M-26958-2025
CÓDIGO BIC: FA
DISEÑO DE COLECCIÓN: Daniel Mira
IMAGEN DE CUBIERTA: Wasitapril
MAQUETACIÓN: María O'Shea
CORRECCIÓN: Estela Gómez y Daniela Forero
IMPRESIÓN: Kadmos

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones tratados con los más altos estándares de sostenibilidad, lo que garantiza una gestión de los recursos responsable con el medio ambiente y las personas.

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

בְּרֵאשִׁית בָּרָא אֱלֹהִים אֵת הַשָּׁמַיִם וְאֵת הָאָרֶץ
Berešit bará Elohim et hašamayîm ve'et ha'areż (Génesis, 1.1)

En la Torá, equivalente judaico al Pentateuco, cada libro lleva por título la primera palabra escrita en él. El *Génesis* es, en el judaísmo, el *Berešit*. Es la primera palabra de la Biblia, el comienzo del relato de la creación divina. Sin embargo, es gramaticalmente indeterminado, haciendo imposible discernir si este versículo habría de traducirse como «En principio creó Dios los cielos y la tierra» o como «En un principio creó Dios los cielos y la tierra», lo que abriría la puerta a que hubiera habido algo preexistente a partir de lo cual *creó* Dios y, por ende, a otros principios anteriores. Es incognoscible para el ser humano, sólo ese Dios puede saber. En la semilla del creacionismo —como teoría, como certeza deseada— se halla su mismísima negación de la misma manera que en el oxígeno que respiramos está la causa de nuestro deterioro y, finalmente, nuestra muerte. Como dice Walter Benjamin, no nos comunicamos a través del lenguaje sino en el lenguaje: en todo lo que se cuenta, a la vez que lo dicho, pueden entreverse sus contradicciones y todo lo que ha sido imposible expresar. Nada hay más humano.

No contar algo es borrarlo un poco, olvidarlo un poco, negarlo, no contar su historia puede ser un pequeño favor que hacen al mundo.

Javier Marías

El silencio llega al final de todo.

Mathias Enard

CAPÍTULO 1
INTERPONER UN TEXTO COMO VENGANZA

Idiota, idiota, cien veces idiota. Para lo que ya sucedió no hay remedio. Al volver la vista atrás uno tiene derecho a fustigarse, a echarse pestes, aunque asuma sin acierto al hacerlo que hoy no cometería el mismo error que le pesa tanto en el recuerdo. Al regresar sobre nuestros pasos podemos tener la tentación de creernos más inteligentes que entonces cuando, como mucho, somos un poco más expertos —no hay milagro, sólo remotas instrucciones genéticas—; uno sería quizá más capaz de salvar las mismas pruebas con menos penuria si se repitieran de forma idéntica o muy semejante, ensayo-error, pero la más leve alteración podría ser suficiente para que volviera a tropezar.

Como todo comienzo, el de esta historia es arbitrario. Lo elijo yo. Es una fotografía. Estoy en el aeropuerto de Madrid, recién aterrizado de Túnez. Imbécil, te dices ahora que sabes lo que no sabías entonces, y desearías que no te diera pudor ir por la calle y pronunciar en alto el insulto con virulencia y contra ti mismo, o, mejor, que alguien ajeno te conminara con una de esas voces de homilía, sosteniendo cada palabra tanto al pronunciarla que reverbera en el aire y, sin importar si te dice algo de veras trascendente o te comenta que es mejor lavar los vaqueros sin suavizante para que tarden más en romperse, suena irrefutablemente moral.

La foto. Acabo de salir de recoger una maleta con la rueda rota de la cinta de escamas de caucho que da vueltas. Pesa, aunque no tanto como esperas en el tirón con que la sacas del carrusel de equipajes. Es la maleta de todo un año. A tu lado en silencio está la que hasta hace unos meses fuera tu novia, que tenía ya su enorme *trolley* y su mochila a buen recaudo desde hacía un cuarto de hora. Salís ambos sin hablar y despidiéndoos así: callados, con un abrazo que, cuanto más dura, más rígido se va volviendo, el *rigor mortis* empapando las fibras de los músculos; enganchados los dos en una mirada larga de esas que se clavan en los ojos del otro y reverencian la gravedad del instante, una mirada de pura pena, y de comprensión también, todo a la vez. «Hasta aquí llegamos».

De pronto urge que te alejes de ella, del cuerpo del que has sido satélite en órbita: no quieres saber siquiera quién la espera (lo sabes, ¿cómo no vas a saberlo? Se trata de una omisión). A los que a ti te interceptan te los topas de golpe, arrastrado por el río de cabezas, nucas, espaldas y muslos y pies que te conduce hacia el vomitorio; ves los primeros a dos amigos tuyos, uno poeta de pizarra y tiza —tú, David—, el otro, un escultor con el que te has ganado el pan durante muchas noches detrás de la barra poniendo copas, el que te enseñó por qué lado se despacha el segundo plato a un comensal y qué coño significa servir champán a la francesa. Los dos visten camisas de cuadros y palestinos atados a modo de turbante, en una burla poco disimulada al tiempo que has pasado trabajando en Túnez. Les ves las pintas, sacudes la cabeza y te emerge de muy adentro una sonrisa a la vez que los llamas «hijos de puta», con todo merecimiento y como primer intercambio de saludos. Detrás están tus padres, juntos por una vez, con la cordialidad de los que se acaban de conocer y no de los que se conocen demasiado, luchando por contenerse para no

copar el momento. Has sobrevivido a dos atentados, los han visto por la tele sin imaginarse lo cerca que estabas de las balas —las detonaciones de los proyectiles amortiguadas por el grifo abierto y el agua corriente de la ducha—, y, aunque ellos no lo saben todavía, has sobrevivido, dejándote más salud en esto, a que la novia con la que partiste, a la que ambos progenitores alabaron y quisieron como una hija, te abandonara para enrollarse con tu obligado compañero de trabajo.

Durante todo el año se acostaron juntos y tú, al toque del despertador, acudiste puntual (tal vez no sea del todo cierto) a una oficina por la que revoloteaban sin remedio. Estás en el aeropuerto, de vuelta, y te dejas estrujar por el achuchón tierno y torpe de tus padres y de los gilipollas de tus amigos porque «lo peor quedó atrás» (cien veces idiota), y os hacéis la foto juntos, cuando ella ya ha desaparecido de la escena, con una polaroid en la que saldréis diciendo *as-salam alaikum* en vez de patata.

De que esa foto fuera tomada hace ahora ¿cinco?, casi cinco años. Eso quiere decir que ya sólo ese pedazo de papel impreso de nueve por once es real. Lo demás son recuerdos: manoseados, tergiversados —a veces voluntariamente, con noción de hacerlo; otras, peores, seguro que convencido de seguir siendo fiel al hecho—, recuerdos perdidos y recuperados cuando convenían o porque convenían a ese presente en que rebrotan. Esa foto es real. La guardo en el bolsillo interno del cuaderno negro que contiene anotadas las conversaciones que mantuve con Scorpio, el soldado de Gadafi huido al plácido villorrio al margen de la carretera costera del golfo de Hammamet donde residimos temporalmente ella, ya convertida en exnovia, y yo; las notas de las charlas en la terraza del café Bacha con el miliciano con las que pretendía construir el argumento de un cómic del que, mucho me temo, ya nunca seré autor y del que nunca será Scorpio merecido y esquivo

protagonista. Serán reales esa foto y, cuando nazca, el bebé al que felicitarán año tras año el mismo día de mi cumpleaños. El bebé al que ella dará a luz en setenta y dos horas y que, sin ser nada mío, comparte demasiado conmigo.

Todo lo demás, lo que aquí rememore, lo que cuente a partir de ahora, no será más que una venganza.

CAPÍTULO 2
A TRES DÍAS DE UN CUMPLEAÑOS Y UN NACIMIENTO

Los dos androides del papel pintado de la pared me miraban, no había nadie más en la redacción del periódico, nadie en mi planta aún, salvo esa mujer y ese hombre de vinilo, con circuitos azules por venas. El sábado hago treinta y tres años. Llegué demasiado temprano. Vicente me dijo que vendría, pero ¿cómo iba a haber llegado? En el estado en que se marchó anoche… Sus amigos porteños lo llaman Vinny o Vicho o Tete, «ya hablás como español, Vicho», se burlaban. Le reprochaban ese acento que, de alguna manera, lo alienaba, lo volvía otro (¿qué sería lo próximo, pedir de carta en Don Carlos, dejar de atiborrarse en aquel restorán al salir de la cancha de Boca?); el acento con que, con la camisa desabotonada y bailando, le había estado susurrando a la chica a la que besaba que se fueran a garchar, que le iba a romper el orto. Una cuestión de idiolecto.

La chica huyó, y con ella su amiga la que, como mero pasatiempo, como respuesta a verse de pronto sola, me besaba a mí. Vicente cumplía años cuatro días antes que yo. Treinta y uno. Después del cierre de la primera edición, al cruzar la garita, me rogó que lo acompañara, que me tomara con él un fernet, sólo un brindis, la superstición impostergable para un año propicio, y yo di por buena la cábala y me subí a la moto. Atrás fuimos

dejando los talleres y los juzgados, chapistas, menús del día y freidoras encendidas de sol a sol, oficinas en construcción y otras abandonadas a una prematura ruina a medida que avanzábamos por la avenida, un costurón que sutura dos distritos, separados por la frontera natural de una plaza de toros; durante la incursión la scooter se quejaba de que el puño le exigiera tanto, acelerón y semáforo en rojo, hasta que llegamos al mismo pub al que solía llevarme, cada vez que cedía a sus tentativas: «Vamos a la de Alan, dale, salgamos un rato, no seas forro».

¿Cómo me llegó la noticia? Del embarazo supe por varias vías, no recuerdo; de la fecha del parto me enteré por una llamada. Fue antes de que, al fin, vinieras el domingo a verme, David, a ver el piso nuevo. Mi suegro, mi exsuegro, me telefoneó. Un par de minutos, seguramente a hurtadillas. Al principio no sentí nada. Poco a poco, reaccioné tratando de mantener a todo el mundo a raya, como si procesarlo requiriera que me encerrara en este apartamento, emblema de la madurez alcanzada —una nómina que posibilita un contrato de alquiler a mi nombre—, recluirme a preparar tuppers para una semana en esta cocina con planta de triángulo escaleno, lentejas cociéndose a fuego bajo, verduras en el horno; confinarme en el cuarto de baño burdeos con humedades y moho, las uñas cortas, la barba bien perfilada, en este salón que cada noche se carga del tufillo del restaurante de debajo (sin salida de humos reglamentaria, si dicen la verdad los pasquines pegados en la escalera por la presidenta de la comunidad de vecinos). ¿Habría resultado mejor no saber nada? O haberlo sabido *a posteriori*: política de hechos consumados. Qué sé yo. Como buen idiota, tal vez habría encontrado mi propia ruta hacia la infelicidad. Habría sucedido, de cualquier manera.

Contracción, dilatación, el juego bobo y voraz de la memoria, «revolear la mierda», le dice Vicho, es difícil desde este presente

flotante no terminar reconociendo demasiadas derrotas al mirar atrás. El deseo es una brújula en esa búsqueda. El jueves pasado Carlos me pidió ayuda. Tenía que montar dos esculturas y necesitaba asistencia, participa en la exposición colectiva que conmemora los diez años de un certamen artístico que, como todos, patrocina un banco, premio del que, contra pronóstico, fue el tercer o cuarto ganador, no recuerdo. La mayor de las dos, una mole de acero corten y madera quemada, tuvimos que bajarla por piezas de la furgoneta y ensamblarla directamente en el jardín exterior del pabellón. La obra hermana se ubicaría en el pasillo curvo de la sala, al otro lado de los ventanales; una fuera y otra dentro. Carlos colocaba las tiras de luz y los focos que servirían para sacarle sombras filosas a los ángulos de la escultura interior, se ocupaba de los últimos pormenores, mientras yo terminaba de adherir el vinilo explicativo al muro. El calor era despiadado, radiadores encendidos en pleno abril, y entonces nos percatamos de que no estábamos solos. La artista del espacio vecino llevaba un rato sacando de una bolsa y ordenando fragmentos de basura por colores, montoncitos de residuos domésticos, para colgarlos después de la pared en su instalación. Los accesos de tos eran continuos, sudaba y le costaba respirar, así que Carlos, que se había acercado a saludarla, se ofreció para completar la tarea. «No, no, volveré por la tarde o mañana, tengo tiempo hasta la inauguración». Gripe y algo de anemia, adujo la chica. Luego se arrimó y se despidió de mí, por cortesía, creía; «mejor no te doy dos besos», se excusó tapándose la boca. «No te has dado cuenta de quién era, ¿verdad?», me preguntó divertido Carlos. Su nombre tampoco me dijo nada al principio, Miriam, aunque pronto la historia se precipitara por sí sola: al día siguiente de que me recogierais en Barajas, recién llegado de Túnez, me llevasteis a una fiesta en la nave del barrio de Tetuán donde Carlos tenía su estudio. El anfitrión era un artista mexicano, un espalda

mojada ahora asentado en Madrid; charlamos durante horas con unos performers finlandeses de visita, Montes nos obsequió una bandeja de salmón al curry y luego sacó otra idéntica con rayas de coca. A mi lado —compartíamos puf— estaba ella, Miriam, pucelana, morena de tez oscura, recién venida de la Academia de España en Roma, que, como yo, rechazó azorada y prefirió salir a fumar a la puerta; le hablé vagamente de Sousse, le pregunté qué hacía, admiré con entusiasmo sus ilusiones ópticas escultóricas y, después de un rato y tras negarme a enseñarle yo mis pinturas, me agarró la mano y me invitó a irme con ella; tenía antojo de chocolate, quería que tomáramos un gin-tonic y quizá, me dijo, le agradaría que la acompañara luego a su piso. Me atraía, querría haberle dicho que sí y, sin embargo, rompí a llorar y me marché. Así concluyó el primer día tras la foto de Barajas.

Tanto tiempo después, la obsesión con mi propio deseo continúa. Con la conflictiva relación que guarda la libido con cómo me siento en el día a día: la falsa calma de lo anodino, esa quietud por la que todos, desde que supisteis del embarazo de ella, me dedicáis un «te veo muy bien por fin», desenmascarada en su falsedad por unas punzadas en la entrepierna.

Me tumbo en la cama procurando dormir y, en lugar de ello, convoco una ventisca de imágenes deshilvanadas de polvos que, lejos de traerme algo de dicha sexual, me infesta de angustia. Se trata de una especie de autopsia reflexiva, un análisis forense de días pasados; son retales, no me excitan, esas memorias inanes no preludian siquiera una erección fofa. Son sólo un campo de batalla donde la victoria consiste en evitar que las que me invadan sean imágenes follando con ella, a las que le suceden de pronto otras, imaginarias, de su vientre hinchado.

Había pulsado el botón, pero el ordenador tardaba en encenderse, la pantalla todavía reflejaba el contorno desvaído de mi

cara. Me quité la cazadora, la colgué en el perchero y me dejé caer en la silla. Mareado, cerré los ojos. Los párpados, en su brusca clausura, guillotinaron el hilo de conexión con la realidad, ocho y media de la mañana, la segunda planta del edificio entre talleres de coches que ocupaba el periódico, transportándome a otra parte: a la noche anterior bailando bajo las luces estroboscópicas con Vicho, y, de improviso, ante ella. Desde aquella llamada ha vuelto a presentárseme a cada rato, a visitarme noche y día su fantasma, porque es mucho más que un recuerdo lo que regresa: puedo olerla, noto el calor que desprende, idéntico al que propagaba su carne.

El sensor de la puerta automática chirría, soy tan consciente del pitido como del golpeteo incesante del estor del despacho del redactor jefe, zarandeado por una corriente de aire. Son ruidos que reclaman su sitio, mi atención, pero, encogido por las náuseas, no puedo fijarme en nada más que en el reflujo que me trepa por el esófago y que no remite tras un par de arcadas, en ese mareo que me nubla la vista, hasta que se inmiscuye una rijosidad pujante que se me asoma de golpe al pantalón.

Con la guardia baja, comienza así el desfile de noches en mi cabeza, el baile de siluetas confusas que no fueron capaces de desalojar la de ella. Pertenecen a un pasado ignominiosamente reciente, pero son todas formas sin entidad que emiten una radiación luminosa débil, como estrellas moribundas que enrojecieran antes de desvanecerse, ¡adiós!, ¡hasta siempre! Si examino mi propio deseo y mis actos bajo su influjo en los últimos meses, las compañeras de esas noches de bruma apenas se distinguen entre sí por algún atributo que por casualidad grabé: la arquitecta que se hacía fabricar zapatos de flamenco a medida; la opositora a inspectora de Hacienda que me exigió que no le preguntara su nombre; la que de bebé había sido portada de una revista de

lanas o de bordados; la que vino de Ucrania a los cinco años, oriunda de una ciudad que ya no existe... ¿Habría sido capaz acaso de reconocerlas por la calle una semana más tarde? No digo ya hoy: el domingo siguiente o dos después. ¿Y si tropezara con ellas ahora? Si me las cruzara en un vagón de metro. Imagina: se abren las puertas, una de ellas baja, o todas juntas, y yo me hallo frente a frente, esperando apoyado en una de las compuertas a subir. No tenemos escapatoria: nos miramos. ¿Y? Apuesto a que se me secaría la garganta antes de ser capaz de pronunciar no ya una palabra articulada, un rudimentario gorgoteo.

Ellas, mis últimas coyacentes, conforman una constelación de enanas rojas, residuos fotónicos de un colapso, de algo que palidece, muerto ya, pero que no está muerto del todo hasta que, demasiado tarde, el espectador deja de percibir su luz. Julia, mi compañera del catering, los dos enredados en su coche, extenuados y todavía llenos de adrenalina (se necesita una dosis ingente para aguantar lo que soportábamos). Aparcamos en el arcén de una carretera nacional después de una boda que duró veintisiete horas, veintisiete horas de trabajo seguidas descargando camiones, colgando con hilo de yute velitas de las copas de los árboles —fronda convertida durante una jornada estival en bosque de cuento de quita y pon para quinientos invitados—; veintisiete horas empleadas en transformar el claustro en ruinas de un monasterio de Guadalajara en una discoteca, en descorchar y servir botellas de vino, en sustituir cubiertos sucios por otros lustrados con vodka y un paño de lino, frotados con ahínco; en recoger los platos vacíos de doce comensales de un solo viaje, apilados en la bandeja, para no demorar el servicio del postre y luego los cafés y las ginebras y los whiskies; veintisiete horas lavando copas con huellas en el filo de cristal del pintalabios de banqueras de casta, vasos con las babas de ministros del partido

conservador, de un expresidente cuya esposa, tocada con una pamela del diámetro de una sombrilla de playa, sollozaba sin que nadie le prestara atención o, más bien, mientras deliberadamente el resto de invitados prefería hacer caso omiso de la razón de su plañido: acababa de ver a su marido pellizcar el culo de una camarera.

Julia detuvo el coche en el arcén, al cobijo de un mesón de carretera cerrado y la tapia de una finca. Estaba agotada. Me ofrecí a conducir el resto del camino hasta Madrid. En vez de eso, acabamos el uno sobre el otro. Nos frecuentamos durante unos meses. Y, sin embargo, ¿cómo era Julia? ¿De qué color eran sus ojos? ¿Verdes? ¿Miel? ¿Cómo eran sus pómulos, su barbilla, cómo sus piernas? ¿Era alta? ¿Por qué la recuerdo alta? Tenía un pelo rizado larguísimo, eso lo sé, castaño o cobrizo o tal vez casi pelirrojo; no había un milímetro de su piel clara que no estuviera moteado por pecas. Montaba en bicicleta, entrenaba con el afán de participar algún día en un triatlón. Sólo una vez la acompañé; subimos al monte de El Pardo, yo me mantuve sobre la bici a duras penas, pedaleando cada rampa más por no confirmarme como una decepción que por pundonor. Luego, en la cumbre, tendidos en el pasto, desnudarnos fue pura lucha grecorromana; su maillot de lycra y mi chándal transpirado, el trajín de prendas pegajosas, el forcejeo agónico y el escozor salino en los ojos de las gotas de sudor que se colaban entre las pestañas.

Carla, la de los zapatos de taconeo con horma a medida, escondía en un arcón junto a su cama, envuelto con la blusa del pijama, un bote de lubricante de un litro. La primera vez que me ofreció subir a su apartamento en La Latina se encerró en el baño y salió untada en aceite de oliva (entreví desde el quicio de la puerta la garrafa en el bidé). Nunca me presentó un amigo, me mandaba mensajes para que acudiera a verla cuando ya era noche

cerrada, quedábamos siempre a solas, en su casa. *Sweet Melinda, the peasants call her the goddess of gloom, she speaks good English and she invites you up into her room…* Después, me conminaba a marcharme. Solía regresar a casa avergonzado, caminaba despacio y, a la altura de las escaleras de San Francisco el Grande, me sentaba a garabatear en el cuaderno: sin aullido, sin voz.

Ana no pertenece a esa estirpe. O eso me digo. Hubo algo entre nosotros. Porque me prestó compañía durante el año que pasé en Túnez, porque me salvó de ella, de las consecuencias —que podrían haber sido todavía peores de lo que fueron— de haber convivido con ella y con Fábio, sin el escudo que supuso para mí Ana. Porque lo más doloroso de aquel curso no fue la lesión de rodilla; los atentados no significaron una mierda; lo más desolador fue haber viajado a Túnez para estar cerca de quien me había abandonado al partir, y haberla perdido igualmente.

Ana, a pesar de todo, me gustaba: ese tatuaje, ¿quién se inscribe con tinta bajo el pecho el estribillo de *Somewhere over the rainbow*? Un optimismo nada naif en el fondo, aunque lo pareciera en las formas: temple balcánico. Cuando supo la historia que arrastrábamos mi ya por entonces exnovia y yo, una tarde de primavera, paseando hacia la orilla del mar de Tantana, me ofreció mudarme con ella a Basilea. Así. Me lo propuso sin temblar. Una vía de escape para que no tuviera que retornar a Madrid, un cambio de aires. ¿Qué pasó, David? Los dos sabemos la respuesta: cien veces idiota. Ella. Ella fue lo que sucedió.

¿Y si todo lo que había ocurrido entre ella y yo no fuera, a fin de cuentas, más que un bache? Una herida no letal. Bisturí, convalecencia y volver a compartir casa y planear cenas de navidad o fiestas de cumpleaños. ¿Quién es el ingenuo?, me repito ahora, y oigo de fondo acordes de ukelele, los susurros de la nana de un gordo.

A Ana no la conocía desde el colegio y eso importa, ¿no crees? Tendría que haberle relatado mi infancia, me habría brindado la oportunidad de mentir a propósito de mí mismo y, descaradamente, habría mentido sobre quién fui: Ana no me había visto, durante un recreo, meterle lombrices de tierra entre las rebanadas de pan de molde al sándwich de un cabronazo que me había roto la carpeta con mis dibujos; Ana no había guardado un silencio cómplice ante el profesor que, por falta de pruebas, dejó sin castigo mi afrenta; no había sido con Ana con quien había probado por primera vez en una discoteca el éxtasis, ni tampoco se le parecía en absoluto a la que había encandilado a mi padre, demasiado vigilante conmigo, tú lo sabes bien, desde el divorcio con mi madre.

La pantalla del ordenador irradiaba ya su luz azul, esperando a que me decidiera a introducir la amalgama de letras y cifras de mi usuario y contraseña. Ni me levanto del escritorio al baño para vomitar ni persiste la excitación, cuando aparto de mí las imágenes de Julia, de Carla, de Ana y sobre todo las de ella, estas sí vívidas y por tanto más mortíferas: ella y yo en nuestro portal, habíamos ido a cenar con una pareja de amigos, a Fuenlabrada, los primeros en mudarse fuera del centro por esa razón abstrusa entonces para nosotros: hipoteca; ella que se acerca y me besa y me susurra al oído: «no quiero que seamos como ellos», no necesito explicaciones ni preguntar cómo se siente, el miedo le activa otro instinto y me empuja dentro del ascensor y se remanga el vestido y, antes de que se abran las puertas, me entrega en las manos las bragas.

Anoche regresé solo a casa. También Vicho, a su pesar.

Tecleé la contraseña de inicio de sesión. Incorrecta. Recibí, mientras acertaba a la segunda y arrancaba lentamente el sistema operativo, un mensaje en el teléfono: «Estoy por llegar». Yo me

había duchado, cambiado de ropa, desayunado una tostada y un tazón de café y subido directo, como diría él, del boliche a la redacción. No eran ni las ocho cuando saludaba otra vez al guardia de seguridad de la garita. ¿Cómo iba a haber llegado Vicente? En su ausencia, fui seleccionando y editando las fotos de la entrevista del día anterior.

No es mi cometido: normalmente no lo hago. De costumbre, me limito a diseñar ilustraciones para Vicho, reportero del periódico (investigó, todavía en Argentina, la muerte del fiscal Nisman y varios casos de prestigio que lo trajeron aquí); ideo infografías o gráficos para esclarecer o contextualizar este o aquel dato, o para adornar los artículos más reveladores o que merecen una atención especial de los lectores. Ese es el trabajo que hago, para Vicho y para toda la sección de Internacional. Hace sólo tres meses que somos compañeros. Pero aquella tarde había ido con él, en calidad de fotógrafo, para conocer al cámara de guerra con el que había quedado a comer. Fue una petición expresa que le hice a Vicente. Y me llevé conmigo por ensalmo el cuaderno negro. Porque se me pasaron por la mente Scorpio y Ghassen y Bechir.

La polaroid de cuando aterricé en Madrid llegado de Túnez, cinco años atrás, reposaba en ese instante sobre el escritorio, sentía como si vibrara dentro del cuaderno; una acercanza que me inducía a escudriñar la foto, a examinar mi semblante, ¿cuánto del suplicio, cuánta de la pena que almacenaba se trasluciría en la instantánea congelada?; algo me empujaba a asomarme a comprobar las diferencias con el rostro de ahora, a buscar en la variación entre ambos el registro de los últimos cinco años. Seguramente me espantara verme allí, posando sonriente en la terminal, con Carlos y contigo escoltándome, con vuestros turbantes. Porque el sábado cumplo treinta y tres años, porque,

si de veras ha transcurrido un lustro entre esa foto y hoy, por mí ha pasado el tiempo sin dejarme nada valioso entre las manos. Porque el mismo sábado en que cumplo treinta y tres años ella, que habrá salido ya de cuentas, dará a luz.

¿Dónde estará Ana este sábado? ¿Dónde estarán el resto de personajes de esta historia el sábado? Dónde Asma, dónde Hajer. De Gugu supe algo. Muy poco. Su nombre aparecía entre otros cientos de nombres en los créditos del primer largometraje de Ben Attia. No le debió ir tan mal tras mi marcha. O eso quiero creer. Hace un par de años acudí a la charla que dio el director tunecino en unos cines, cuando vino a Madrid a presentar su siguiente película, *Dear Son*. No me atreví a levantar la mano desde el patio de butacas y preguntarle, ni a acercarme al final del acto. ¿Y decirle qué? «Gugu, ¿se acuerda usted de él? ¿Qué tal sigue? ¿Mantienen el contacto? Dígame por favor que lo ha logrado, que ha vuelto a ponerse delante o detrás de una cámara». Ninguna respuesta de Ben Attia me habría hecho sentir distinto o mejor; me resultaba más incómoda cualquiera de las opciones que el desconocimiento.

No son convenientes las derrotas que afloran, por lejanas que parezcan en el tiempo. Y al relatarlas la autoindulgencia será una tentación abominable. Diría que estas páginas, este brote atrabiliario es también responsabilidad tuya. O, al menos, comenzó inmediatamente después de tu visita.

Todavía no habías venido a ver el piso, aunque me hubieras hecho saber cuánto te alegrabas de que me mudara en un par de mensajes. No viniste a la pequeña fiesta de inauguración que organicé. No recuerdo si la excusa fue aún la corrección de las galeradas o ya los actos de presentación del libro o las entrevistas en prensa. «Éxito de cola de león», llamaste a lo que sucedió al publicar la novela. Tres meses. Casi cuatro. En más de tres meses

no habías asomado todavía por aquí, y tuviste que tocar al timbre el domingo. Esa tarde me pillaste, y eso sí que no te lo esperabas, en el estudio, la única salita con balcón a la calle. Pintando.

—No sabía que todavía… —balbuceaste dejando el ejemplar del libro firmado que me traías en la mesa, prudentemente apartado de los botes de acrílico.

—Es una chorrada —te respondí sin dejarte acabar la frase ni darte la oportunidad de preguntarme por qué pintaba cálices tapando pósteres de propaganda ultraderechista—. ¿Una cerveza?

—Claro. ¿Las cojo yo de la nevera?

La serie, cuatro cuadros, estaba entera sin terminar, cada papel adherido con cinta a un trozo de lienzo grapado a su vez a la pared, para no mancharla a brochazos. Me limpié las manos con el trapo untado en disolvente y te hice un gesto.

—Ya voy yo, pasa al salón y espérame en el sofá. ¿Aceitunas? ¿Patatas?

—Unas aceitunas, guay.

Al regresar te pillé cabizbajo, rumiando cómo sacar el tema, supuse. Brindamos y me adelanté yo.

—Ya lo sabes, ¿no?

—Me lo han contado, pero no podía creérmelo. Es demasiada casualidad.

—Había riesgo, así que le han programado una cesárea. No queda demasiado lugar a la duda: nacerá ese día.

Un suspiro se te escapó al escucharme. Resoplaste, David, como si albergaras la esperanza de que desmintiera lo que traías bien sabido, para quizá castigarte algo menos por haberme desatendido justo esos meses; los de su embarazo, tu parto libresco, mi soledad.

—Así que nacerá en tu cumpleaños. ¿Y lo del nombre del niño también es verdad? ¿Tú cómo estás?

Cinco años atrás, el día siguiente a la foto del aeropuerto, el día de la fiesta en el estudio de Carlos, el día que conocí a esa olvidada Miriam, comenzó contigo y conmigo desayunando en una cafetería. Me regalaste una camiseta negra a la que le habías serigrafiado versos de Ferlosio: «Vendrán más años malos…». Al levantarme esta mañana la busqué en un cajón del armario y bajé a tirarla a un contenedor de Cáritas.

¿Qué os conté entonces? Poco. Porque al contar siempre se desencadena algo; contar no es cosa inocua. Y porque difícilmente habría sabido por dónde empezar. ¿Sabes que hará más o menos cinco años viajé a la frontera con Libia desde Susa, después del accidente de escalada, y la crucé? Los mismos pasos que debió de dar Scorpio cuando el régimen de Gadafi se fue al traste y pusieron precio a su cabeza, el mismo itinerario por la costa, en sentido opuesto. Eso tampoco se lo conté a mi madre ni a mi padre. ¿Has visto alguno de los vídeos que grabaron los muyahidines con los teléfonos móviles? La turba que captura a Gadafi, que lo lincha, que se divierte poniéndole una pistola en la sien, que lo veja. El rostro de Gadafi, entre incrédulo y aterrorizado. Expusieron el cadáver durante cuatro días en una cámara frigorífica.

Scorpio huyó a Túnez, a mi vecindario, a Tantana, a esa carretera recta que no lleva a ninguna parte, para continuar adelante con una existencia plácida de inmigrante ilegal sin expectativas. Le debía al menos ese favor…

El mío no entrañó peligro, fue un simple viaje en furgoneta, larguísimo y polvoriento, gracias a Fahmi. Él lo arregló todo: me vino a buscar al paso fronterizo —aire de mercadillo, alma de *duty free*— de Ras Ajdir, cercano a Ben Gardane. Cruzamos sin dificultad aquella linde porosa y condujimos hasta sentarnos en el café indicado con el hombre que me entregó un teléfono

móvil, una libreta bancaria y un sobre con efectivo y alguna documentación en árabe para Scorpio.

Con lo que le pagué por su labor más una porción de sus ahorros, Fahmi y su hermano se compraron un Kaláshnikov; en Akouda, el municipio tunecino del que procedían, eran los dos hijos mayores y modélicos de una familia numerosa que tiritaba seca de ingresos; en Libia, eran conscientes de que podría tocarles tirar de gatillo: la proporción de armas y habitantes era de cinco a uno. Y contaba Fahmi con que no pudieran zarpar inmediatamente a Italia, como tenían intención de hacer, «hemos estado tres veces en Libia, antes de la revolución, durante la revolución y ahora, y es que… era habitual que todo el mundo fuera armado, pero, ¿hoy?, ¡hasta los adolescentes y niños van con pistolas!»; tendrían que sobrevivir unos meses en aquel ambiente hostil de guerrillas tribales, antes de poder embarcarse furtivamente en Zawiya hacia aguas italianas, como pretendían.

¿Por qué me acuerdo de esto ahora? Hace unas semanas recibí una notificación en redes sociales: Fahmi Abderrazek quiere agregarle. Ahora está casado y vive en Turín. Su esposa y él tienen un videoblog de cocina, resulta que son celebridades en YouTube. ¿Qué te conté sobre Scorpio? ¿Sabes por qué le debía un favor? Claro que no. De habéroslo contado durante aquellas semanas de orquestado vodevil con que me recibisteis habría tornado los días «más ciegos, más fríos, más secos, más torvos», como el aforismo de Ferlosio. El calabozo, una paliza, un Renault 5 con la tapicería meada, una mudanza forzosa. ¿De verdad quieres saberlo? Sigue adelante, entonces.

—Por si acaso con el agobio de la noticia vuelves a padecer insomnio, te he traído una cosa —me dijiste sacándote del bolsillo una bolsita de marihuana—. Dentro está también el número del camello. John Pot, el mismo que le pasé a Carlos.

Fumamos sentados en el sofá, aspiré un humo todavía contaminado por el olor a disolvente de mis manos. Quizá sea este el momento de contar, y esta la forma, David, aunque no tenga idea de cómo abordarlo.

Estuve en el museo del Bardo la tarde antes del primero de los atentados. Y, meses después, en junio, fue en el hotel de Kantaoui en cuyo gimnasio me recuperaba del menisco que me rompí —*clivage*, escisión, decía el informe de la resonancia— donde otro terrorista ametralló a los turistas que pacían en la playa. Descerrajó a ráfagas un tiro tras otro, perforando los vidrios de la piscina climatizada y el gimnasio, mientras yo permanecía ajeno, sentado bajo la ducha. No me enteré de nada. No entonces. Gritos, poco más. Nada tan nítido como los agujeros en el cristal nervado de la ventana sobre el banco de pesas que vi al salir. El asesino fue un joven de la edad de Fahmi, con un Kaláshnikov como el que Fahmi se habría comprado, camuflado en una sombrilla. ¿Y opinas que es demasiada casualidad que su bebé vaya a nacer el mismo día que yo?

La ex primera dama, esa que sollozaba en la interminable boda del monasterio de Lupiana, debería haber llevado escondido un Kaláshnikov en la pamela; tendría que haber abierto fuego contra el ínclito marido que, en sus morros, sin disimulo, había pellizcado el culo de dos compañeras mías que en ese instante servían vino y terminaron derramándolo. Treinta y ocho muertos embolsaron aquel veintiséis de junio sobre la arena de aquel trozo de playa entre Tantana y Souviva, en la que fue mi casa tunecina.

—Es un palo, tío, me hago cargo de que todavía debe afectarte algo así de gordo. ¿Un hijo con un tío que acaba de conocer? Después de todo lo que pasó… Pero conseguiste pasar página, tío, estás de puta madre…

—Al tiempo de que lo dejáramos, la mayoría me fuisteis confesando que ni siquiera os caía bien, que «no me convenía», decíais. Muy valiente por vuestra parte.

—Sabes que no es mi caso, tío. Me puedes acusar de otras cosas, de haber estado distraído últimamente, si quieres. Pero de eso no. Me caía bien. Y deseo que sea feliz con su hijo. Y también que lo seas tú…

Vicente franqueó al fin la puerta automática de la redacción con los rizos oscuros —los rulos— completamente calados y el casco de la moto en el codo. Al verlo entrar, devolví al interior del bolsillo del cuaderno negro la polaroid que llevaba todo este tiempo mirando. Quizá hayas cogido algún kilo desde entonces; tal vez Carlos tenga alguna cana más. Pero ¿cómo han pasado cinco años? Ni siquiera había descargado las fotografías de la entrevista de la tarde anterior que pensaba editar. Cuando Vicho pasó tras mi silla, por el pasillo estrecho entre los androides azules del papel pintado y mi escritorio, tuve que cerrar el cuaderno y alejarlo cuanto pude de mí.

—Sos un loquito vos, me envenenaste anoche.

—¡Avanti, morocha, que nadie está muerto! —le canté imitando el soniquete con el que dio la tabarra en el pub de Alan, el estribillo del tema que sirvió de excusa para que se abriese la camisa y acabara arrodillado en el centro de la pista.

—¿Acá no existen los telos? Las teníamos hechas a esas minas.

La fotografía. La llegada a Barajas. Con el valor suficiente le habría prendido fuego. Pero es un pretexto, no explica lo que me sucede ahora ni sirve como comienzo para hacerme entender contigo.

Con Vicho mofándose de mi flojera, me fui al baño. A vomitar. A la vuelta paré en la máquina y saqué dos cafés con lo poco suelto que llevaba.

La razón para contar, David, la única admisible, es que el sábado en que hago treinta y tres años la mujer con la que me imaginé siendo padre va a ser madre de un niño que celebrará su cumpleaños el mismo día que yo y no será mío, y necesito por favor que estés conmigo.